



nos. Finalmente, pudieron ellos á su vez gloriarse de Juan Duns-Escoto, natural de Northumberland, que, segun Tritemio, estudió bajo la direccion de Alejandro de Háles, aunque es poco verosímil. Así en Paris como en Colonia, adquirió Escoto la reputacion de un doctor muy sutil (*doctor subtilis*), y murió en 1308. No sin razon, dice un historiador aleman, opusieron los franciscanos su autoridad á la de Santo Tomas de Aquino, porque si le es inferior bajo el punto de vista del genio especulativo, le iguala en la energía de su dialéctica, y algunas veces le es superior en la sutileza de su espíritu. Pero esta misma sutileza, junto con la oscuridad de su lenguaje, hace muy difícil la lectura de sus obras. Por Duns-Escoto principió la lucha de los tomistas y de los escotistas, que llegó á ser tan viva, que no era posible pertenecer á ninguna de ambas órdenes sin abrazar de hecho el tomismo ó el escotismo. En filosofia, la disputa versaba sobre los *universales*, cuestion por la cual Escoto se aproximaba á Platon. En teología, Santo Tomas y los dominicos sostenian los principios rigurosos de San Agustin sobre la gracia y los dogmas á ella referentes, miéntras que Escoto y los franciscanos adoptaban opiniones ménos severas. Finalmente, los dominicos no proclamaban la Inmaculada Concepcion de la Virgen Santísima, que sus adversarios defendian con ardor. Esta rivalidad produjo algunas ventajas, promoviendo serias y profundas discusiones sobre algunos puntos de doctrina, y deteniendo las opiniones demasiado exclusivas, aunque muy á menudo la discusion degeneraba en acrimonia. Rogerio Bacon, franciscano que enseñaba en Oxford, adquirió el glorioso renombre de doctor admirable (*doctor mirabilis*). Versado en todos los ramos de los conocimientos humanos, y principalmente en las ciencias naturales, se distinguió por la maravillosa facilidad en concebir. Murió en 1294. Echó en cara á la teología de su tiempo que tenía miras demasiado exclusivas, y para remediarlo aconsejó, entre otras cosas, el estudio de la filología.

Volviendo los ojos al concierto y marcha general de la vida humana en esta época, movidos por la influencia de las ideas expuestas y

alentadas por una gran conquista, por la imprenta, cuya ignorancia en el mundo antiguo no se explica naturalmente, dadas las magnificas inscripciones de medallas y monumentos de Grecia y Roma, nos encontramos en Francia con la union del condado de Tolosa á la corona de aquella nacion en los dias de Felipe III, el hijo mayor del magnánimo San Luis; los tratados de Tarascon y Anagni, que terminan las luchas de Felipe IV en Aragon y Sicilia; la guerra de este monarca con Eduardo I de Inglaterra; sus contiendas con Bonifacio VIII; la abolicion y suplicio de los templarios, y el fin de la dinastía de los Capetos en tiempos de Carlos IV.

Inaugurada la dinastía de los Valois en Francia con Felipe VI, da principio la guerra de cien años con Inglaterra, preparada por el divorcio de Leonor de Guyena, las conquistas de Felipe Augusto en el continente y las aspiraciones de Eduardo III de Inglaterra á la corona de Francia, lucha en verdad funesta, y serie de continuados triunfos y reveses para entrambas naciones en los cuatro períodos que abraza.

En Inglaterra, Eduardo I somete el pais de Gáles y la Escocia, desplegando una atroz crueldad con los vencidos; crueldad que aliena sin duda al jóven Vallac, cuyo héroe da á su país la independenciam y libra la Escocia de la esclavitud de Inglaterra, logrando el valiente montañés sacudir el yugo del opresor Eduardo II, rey débil, cobarde y licencioso, entregado á indignos favoritos, odiado por la nobleza inglesa, consiguiendo el clero, el pueblo y la nobleza limitar en esta época el poder del trono. Comienzan las luchas desastrosas que ya hemos indicado entre Francia é Inglaterra en los dias de Eduardo III, y despues de una serie de triunfos y derrotas para cada una de estas coronas, tiene fin la guerra de los cien años con la expulsion de los ingleses del territorio frances, sin conservar más que la plaza de Calais. Unida va á la terminacion de esta guerra la memoria de aquella heroína, sacrificada al bárbaro despotismo inglés, y cuyo nombre, célebre ya en la Historia, tal vez le venerará el mundo venidero en los altares, Juana de Arc.



Privada de todo recurso la plaza de Orleans y agotada la heroica resistencia de sus defensores, hallábase amenazada la independencia francesa, cuando una jóven y graciosa aldeana de la Lorena preséntase en el campamento de Carlos VII, é inspirada del cielo, reanima el abatido espíritu del monarca y sus tropas, los da ejemplo de fe y de intrepidez, peleando ella misma con heroico valor al frente de los ejércitos, ahuyentando á los ingleses de Reims y salvando á su patria á costa de su vida, pues prisionera en Compiègne, fué condenada á la hoguera en Rouen.

En Inglaterra, el movimiento popular iniciado bajo Eduardo III, toma gigantescas proporciones, é indispuerto Ricardo II con su pueblo por las violencias de su gobierno, apoderáse del trono Ricardo IV de Lancaster é inaugura la dinastía de este nombre en perjuicio de la de York. Combate á la Escocia, reprime disturbios, se desarrollan más las franquicias de los Comunes, propagándose por entónces las doctrinas religiosas de Wiclef, predicadas por la secta herética de los lollardos y precursora de los ilusitas y luteranos. Enrique V interviene en la rivalidad de la Borgoña y Armañacs, y su hijo Enrique VI, bajo la tutela de sus tios, de Bedford y de Glacester, reina en Francia, hasta que la victoria de Formigni y Castillon dan el triunfo á la Francia, que en los dias de Carlos VII consigue poner fin á la guerra de los cien años. En Alemania, durante el largo interregno del siglo XIII, los duques de Sajonia y de Brandeburgo, el conde Palatino de Sajonia, el rey de Bohemia, los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris, se arrogan exclusivamente el derecho de elegir soberano, constituyendo el célebre colegio de siete electores, miéntras que el espíritu de las ciudades forma la liga Anseática para proteger el comercio contra las agrésiones del feudalismo. Inaugúrase en Rodolfo de Augsburgo la casa de Austria, á quien siguió el débil y oscuro Adolfo de Nassau, muerto en la batalla de Gelheim, dada contra su rival y sucesor Alberto, cuya desmesurada ambicion le empeñó en guerras estériles y desastrosas; no siendo más afortunado en la que sostuvo contra Suiza, don-

de Guillermo Tell condujo á los sencillos y valientes pobladores de aquellas montañas á una lucha gloriosa. Á la muerte de Alberto empuñó el cetro Enrique VII de Luxemburgo, á cuya muerte se suscitan discordias entre Federico y Luis de Baviera, célebre por sus guerras en Italia. Durante este período tienen lugar las grandes luchas entre el papado y el imperio, el cisma del imperio en tiempo de Segismundo, la guerra de los Husitas, el fin de la casa de Luxemburgo y la restauracion de la casa de Austria. En Italia, al comienzo de esta época, la crueldad é injusticia desplegada por Carlos de Anjou durante su reinado en Sicilia, concitaron el odio del país, y ocasionaron la caída de la casa Angevina en aquella isla.

El jóven Conradino habia arrojado desde el patíbulo su guante á la muchedumbre en apelacion de la justicia y venganza populares; el médico de Manfred, Prócida, prepara este alzamiento, y el lunes de Pascua, á la hora de visperas, estalla en Palermo la famosa insurreccion de las *Visperas Sicilianas*, represalia sangrienta contra la dominacion de los franceses, poniendo fin á estas luchas el tratado de Anagni, que dió Nápoles á Francia, y las islas de Sicilia, Córcega y Cerdeña al rey de Aragon; pero sin que por esto renunciáran los sucesores de Carlos al derecho que creian tener á la Sicilia, en la que entró á reinar Federico II, hermano de Jaime. La traslacion de la Santa Sede á Avignon preparó un tristísimo acontecimiento, que habia de afligir á la cristiandad; este suceso es de notoria y reconocida importancia, para que dejemos de consignar algo, especialmente sobre él ántes de terminar esta época.

Continúa en el Bajo Imperio la dinastía de los Paleólogos: restaurado el imperio griego por Miguel Paleólogo, ayudado de los genoveses, verificase la reconciliacion de las iglesias griega y latina, cuya union es rota por Andrónico el viejo, prosiguiendo este imperio por más de dos siglos presa de las discordias religiosas. La gloriosa expedicion de aragoneses y catalanes llamados por Andrónico el viejo al verse acosado por los turcos, en premio de cuyo servicio sólo encontraron los españoles la traicion más villana en su jefe el heroico y valiente



Roger de Flor, vino á agravar la situacion del imperio, ya decadente. Las contiendas religiosas y la guerra civil continuaron afligiendo el imperio durante los tiempos de Andrónico III, Juan V; Manuel II Paleólogo vió amenazada su capital por los turcos, y su sobrino Juan II, que le sucedió en el trono, reunió momentáneamente las iglesias griega y latina, segun acuerdo del concilio de Florencia, sin conseguir por esto el auxilio que solicitaba de la Europa, contra los combates cada vez más formidables de los turcos. En vano Constantino XII defendió bizarramente á Constantinopla, asediada por los turcos, quienes despues de cuarenta y nueve dias de resistencia se apoderaron de ella, muriendo en la brecha el emperador Constantino, último de los Paleólogos, realizándose con esta conquista la destruccion del imperio griego bizantino.

Despues de Bonifacio VII subió al trono el cardenal Nicolas Boccasini con el nombre de Benedicto XI, que habia ocupado con distincion el cargo de general de los dominicos. Su carácter, naturalmente moderado, hizo que se levantasen prontamente las censuras en que habian incurrido los cardenales Colonna y Felipe de Francia; pero Nogaret y Sciarra Colonna fueron excomulgados de nuevo. Benedicto murió sin poder hacer más por la Iglesia.

Felipe el Temerario, como le llama Juan de Müller, se aprovechó de la paz para someter enteramente á la Francia la silla apostólica, y la division que estalló en el cónclave favoreció sus proyectos. Entre los cardenales, unos querian un pontífice favorable á la memoria de Bonifacio, y otros un papa que mirase por los intereses del monarca frances. De ahí fué que la eleccion se prolongó más de lo que convenia, y el astuto Felipe hizo que recayese en Bertran de Got, arzobispo de Burdeos. El nuevo papa tomó el nombre de Clemente V, y no quiso abandonar la Francia, á pesar de las grandes instancias de los cardenales. Hasta indicó á Lyon para celebrar su coronacion, lo que fué el primer paso hácia el cautiverio de setenta años. Despues de muchos actos de venganza personal, de nepotismo y de bajezas por complacer á la corte de Francia, tales como la

revocacion de las bulas *Clericis laicos* y *Unam sanctam*, abandonó Clemente para siempre la capital de Occidente, la silla de Pedro y la sepultura de los Apóstoles, para ir á sepultarse en Avignon, oscuro rincon de la Francia, en 1309. No supo conocer que la misma Providencia habia concedido al vicario de Jesucristo en la antigua Roma un dominio temporal, bastante para asegurar su independencia, pero sobrado pequeño para hacer recelar á las otras potencias. Una enfermedad grave le hizo entrar por algun tiempo en mejores sentimientos, y entónces fué cuando por una parte revocó las escandalosas donaciones de obispados y monasterios hechas bajo el nombre de encomiendas, y por otra resistió con vigor á las peticiones de Felipe, que queria hacer borrar á Bonifacio del número de los papas y deshonorar su cadáver. Mas pronto volvió Clemente á seguir en todo los impulsos del rey, y hasta llegó á acoger, en presenciadel consistorio reunido en Avignon, las acusaciones que el príncipe se proponia llevar contra Bonifacio ante el concilio general de Viena en 1310. El nombramiento de nueve cardenales francoeses demostró á todas luces que el pontífice queria que sus sucesores marcháran sobre sus pasos. Miéntras que era tan parcial respecto á la Francia, era por el contrario altivo y lleno de ambicion para con los otros soberanos y funcionarios eclesiásticos. Así fué que, habiendo tomado los venecianos á Ferrara, puso su territorio en entredicho en 1309, prohibió todo comercio con ellos y permitió contra los mismos toda suerte de violencias. Tambien en Alemania, despues de la muerte de Alberto, supo impedir la elevacion de Carlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso, y por el contrario, apoyó la candidatura del conde de Lutzelburgo, que efectivamente fué elegido (Enrique VII). Cuando los enviados de Enrique se presentaron delante del papa en Avignon en nombre de su soberano para prometer apoyo y fidelidad á la Iglesia, Clemente delegó á cinco cardenales para coronar al emperador en Roma. Enrique procuró levantar de nuevo su poder en Italia, desquiciada por las disensiones de los güelfos y de los gibelinos desde la partida del papa. El Dante,



ya irritado en gran manera por el alejamiento de Alberto, acogió con el ardor natural á su temperamento al nuevo monarca, como dueño absoluto del mundo romano y el único salvador de la libertad, oprimida por una multitud de tiranuelos. Los gibelinos se juntaron con el emperador, y los güelfos con Roberto de Anjou, que en 1309 habia confirmado el papa en el reino de Nápoles. Clemente quiso terminar esta lucha exhortando á los dos príncipes á que le obedeciesen. El emperador le respondió con altivez que él era el protector de la Iglesia, pero que ningun feudo de ella tenía, y que por consiguiente no dependia, como el rey de Nápoles, en lo temporal, de la silla apostólica. Desde entónces, Enrique traspasó todos los límites de su poder, dictando contra Roberto el destierro y la muerte. Murió poco tiempo despues, en 24 de Agosto de 1313.

Se reunió en Viena durante el pontificado el décimoquinto concilio ecuménico de Clemente V (16 de Octubre de 1311 á 6 de Mayo de 1312). El pontífice no quiso deshonrar la memoria de Bonifacio, suponiéndola manchada de herejía, pero tuvo que abandonar los templarios á Felipe. Eran acusados de herejes, inmorales, y de oponerse á obispos y á príncipes. Un número bastante considerable de sus adversarios han sostenido la justicia de estas acusaciones, que han sido algun tanto demostradas en los tiempos modernos con respecto á los de dicha orden en Francia, no en otros puntos. El concilio condenó igualmente á los Fratricelli, á los partidarios de Dulcino, á los Beguardos y á los Beguinas; tambien decretó socorros para las misiones de Oriente, é hizo cánones para la reforma de las costumbres y de la disciplina eclesiástica.

Así Clemente como Felipe, murieron poco despues de cerrado el concilio en 1314, y el último fué reemplazado por Luis X.

Despues de una eleccion muy borrascosa, dice el sabio Alzog, en que los cardenales franceses é italianos lucharon con encarnizamiento, la eleccion recayó en Jaime de Ossa, cardenal obispo de Porto, que tomó el nombre de Juan XXII. Antes de su elevacion dió palabra de volver á Roma; pero olvidó su promesa, y

continuó residiendo en Avignon, y para manifestar que se gobernaria por las máximas de su antecesor, nombró siete cardenales franceses. Este pontífice, aunque dependiente de Francia, procuró hacer prevalecer su mediacion entre Federico, duque de Austria, y Luis de Baviera, que despues de la muerte de Enrique VII, acaecida en 1317, se disputaban el imperio. Apoyándose en el ejemplo de lo pasado, sostuvo que el gobierno de los Estados italianos, emanando del imperio, pertenecia realmente al papa, el cual sólo tenía derecho de elegir para él un vicario. Á imitacion de Clemente V, se decidió por Roberto de Nápoles, mientras que Enrique habia escogido gibelinos que se prevalecian de esto para oprimir á los güelfos. El papa amenazó excomulgarlos si no reconocian á Roberto, que confirmó en su gobierno de Italia hasta la coronacion de un emperador. Despues de la batalla de Muhldorf en 1322, habiendo caido Federico de Austria en poder de Luis de Baviera, éste tomó el título de rey de los romanos sin aguardar la confirmacion del papa, y se dió prisa en enviar socorros á los gibelinos lombardos que sucumbian á los esfuerzos de sus adversarios. Pero Juan XXII intimó al nuevo soberano que compareciese ante él en el espacio de tres meses, en 8 de Octubre de 1323. Luis, aparentando ceder, pidió al pontífice que se le prolongase el plazo, y protestó ante la Dieta de Nuremberg contra el derecho que el papa se arrogaba de examinar y confirmar la validez de su eleccion, diciendo que su dignidad descansaba únicamente en la eleccion de los príncipes electores. Sin embargo, el pontífice habia concedido el plazo; pero cuando Luis con tono arrogante se exaltó hasta acusarle de proteger la herejía, Juan le excomulgó, y á esta medida siguió el entredicho en 1.º de Octubre de 1324. En un arrebato de cólera tomó el príncipe la resolucion de seguir las huellas de Enrique IV y de Felipe el Hermoso, y publicó una memoria, en que trataba al que se llamaba papa Juan de enemigo de la paz y de fautor de los trastornos que desolaban la Alemania y la Italia. Resultó de ahí por una y otra parte una polémica muy fuerte, que pronto manifestó á todo el mundo que la poli-



tica egoista, arbitraria y parcial, seguida por los últimos papas, habia dado un gran golpe á la consideracion de la Silla apostólica, y excitado, respecto á ella, sentimientos de indiferencia ó de desconfianza en toda la cristiandad.

Conviene enumerar tambien entre los enemigos del papa á los doctores de la universidad de París, Marsilio de Padua (*de Raymundinis*), muerto en 1328; Juan de Jandun, muerto despues de 1338, los cuales verosíblemente recibieron la influencia de los Mínimos del partido rigorista (*spirituales*); Ubertino de Casal; Hangencer de Augsburgo, secretario íntimo del emperador; el célebre nominalista Guillermo Occamo (1342), provincial de los Minoritas, y por fin, Lupoldo de Bamberg, muerto en 1353, quien, sin embargo, hizo grandes esfuerzos para dirigir la fe, que era todavía muy profunda en la omnipotencia pontificia.

En la obra sofística titulada *Defensor pacis*, Marsilio, Juan de Jandun y algunos otros colaboradores, llegaron á extraviarse hasta tocar las últimas consecuencias del calvinismo. Toda la autoridad legislativa y judicial de la Iglesia, dicen, reside en el pueblo, que la confió primero al clero. Las distinciones jerárquicas son debidas tan sólo á la ambicion de este último; el privilegio del primado, tan sólo por conveniencia exterior ha sido atribuido al obispo de Roma por la asamblea de los fieles, ó por el emperador su representante. Por lo demas, este privilegio en su principio consistia únicamente en la facultad de convocar los concilios generales. Todos los bienes eclesiásticos pertenecen al emperador, quien es el único que tiene el derecho de instruir y de deponer al papa.

Occamo en un principio no fué tan léjos, siguiendo en general las ideas de la monarquía de Dante (1321); y como estaba muy imbuido en el estudio de la antigüedad, desarrolló la teoría del poder político opuesto al punto de vista cristiano. Atacó los derechos de los papas sobre los Estados Romanos, sosteniendo que el emperador ha heredado la autoridad absoluta de que gozaban los emperadores romanos sobre todo el mundo, y que este poder deriva inmediatamente de Dios. Occamo niega y desecha cuantos datos históricos sirven para demos-

trar la identidad de la dignidad del rey de los romanos y la de los antiguos emperadores. Dice tambien: la eleccion trasmite por el hecho y sin coronacion un poder ilimitado y soberano. Finalmente, viendo Occamo que su teoría iba á ser anatematizada, llevó su polémica hasta el punto de renunciar á los principios católicos, negando la infalibilidad de los concilios ecuménicos.

Lupoldo de Bamberg, aunque más razonable en sus opiniones, sigue las mismas tendencias que Occamo, y en su tratado de *Juribus regni et imperii Romanorum*, trata de demostrar la independencia del imperio romano.

Doctrinas como éstas sobre la omnipotencia imperial, debieron engendrar otras opuestas sobre la de los pontífices. El ermitaño Agustín Triunfo, muerto en 1328, y el franciscano Alvaro Pelagio, muerto despues de 1340, sostuvieron la siguiente tesis: El poder del papa es el único que emana directamente de Dios; toda otra autoridad, tanto la del emperador como la de los otros soberanos, deriva de la pontificia. El papa por sí sólo puede nombrar un emperador, y quitar á los electores el derecho de eleccion que les ha sido concedido; y el elegido en manera alguna puede gobernar el imperio antes de ser confirmado y coronado por el pontífice, aunque desde luego pueda ocuparse de los negocios de Alemania. Finalmente, el papa tiene el derecho de nombrar directamente el emperador, bien sea por vía de sucesion, ó bien por vía de eleccion. Estas opiniones distaban mucho de poder pacificar los espíritus ni acallar las dudas que se presentaban acerca del poder de la Silla apostólica, y que, tomando cada vez más cuerpo, conmovieron los más celosos partidarios del antiguo orden de cosas, y hasta hicieron temer que el supremo pontificado sucumbiria en la lucha. Esta disposicion se manifiesta muy bien en un escrito muy posterior del canónigo Pedro de Andlo, que murió en 1475, quien, no obstante de estar por la organizacion jerárquica, da á comprender su oculto pensamiento de la inutilidad de su obra.

Luis de Baviera, reconciliado con Federico de Austria, se dirigió á Italia en 1327, rodeado de obispos y monjes cismáticos; puso en plan-